**Perfil del personaje de Javier.**

**Nombre:** Kryn Weyv.

**Raza:** Humano (provisional).

**Edad:** 19 años.

**Apariencia:** Era alto en estatura, de complexión delgada y con la piel blanca, su cabello es del color de la castaña y era tan largo que le llegaba un palmo por debajo de los hombros, sus ojos marrones y su fina nariz se exhibían sobre un inmutable rostro del que empezaba a brotar una barba incipiente.

**Personalidad:** Muy callado, gran observador, cuando decide hablar siempre incómoda a sus oyentes, no le importa decir las cosas por más cruel que sean.

**Habilidad:** Arquero sigiloso, ágil en lucha de cuerpo a cuerpo, aunque no es poseedor de gran fuerza física, es muy efectivo a la hora de herir con dagas y cuchillos.

**Crónicas:**

Nació en condición humilde, en un pequeño pueblo entre las montañas. El parto fue prematuro y con complicaciones, lo que ocasionó que su madre perdiera mucha sangre y falleciera instantes después de escuchar los primeros llantos de su bebé. Su padre, un hombre cercano a los cuarenta años en ese entonces, era el único herrero del lugar, por lo que trabajaba todo el día y gran parte de la noche confeccionando herraduras y piezas de agricultura para suplir la alta demanda de sus vecinos campesinos. Al ser un hombre ocupado en su oficio, era lógico que no tuviera el tiempo para velar por su hijo, al menos no por sí solo, así que pronto se hizo de otra mujer a quién tomó por esposa. Kryn no había cumplido siquiera el año de nacido cuando ya tenía una madrastra en su vida. Era una mujer mucho más joven que su padre, de rostro adornado de pecas y de figura esbelta, ya que era una joven bendecida con vultuosos senos y hermosas piernas. Pero más allá de su figura, a ella la envolvía un carácter lejano a la belleza; era una joven lista para actuar como mujer, como esposa, pero no para actuar como una madre. Su trato con Kryn era rudo, le pegaba constantemente y le gritaba a cada momento por equivocaciones tan triviales, propias de un niño de esa edad; quizá se debía a que hallaba en él cierto recelo en contra de la anterior mujer de su actual esposo, por lo que el pobre chico creció en un ambiente solitario, carente del amor y el afecto de una madre. A él no se le permitía salir a jugar con los demás niños y era obligado a realizar algunas tareas de la casa. Su padre era el único puente que tenía con el afecto, y aunque el tiempo que lograba pasar con él era muy limitado, para Kryn era lo más valioso que tenía. A la edad de seis años, su padre decidió enseñarle parte del oficio de herrero, teniendo la fe de que él continuase sus pasos, y de esa forma, también le quitaría parte de la responsabilidad del cuido a su esposa; era consciente de que ella no lo trataba bien, pero no podía pedirle demasiado a una mujer que aceptó cuidar un hijo que no era suyo. El niño se mostró presto al aprendizaje, no podía ponerlo a trabajar con la fragua o con objetos afilados, pero si a realizar algunas tareas más sencillas y a explicarle cómo funcionaban las cosas. A medida que el tiempo entre padre e hijo se volvía mayor, el afecto por parte de su padre fue creciendo, la figura de su hijo mantenía vivo el recuerdo de su primera esposa, trayendo consigo una corriente de recuerdos entre dolorosos y amenos. A los ocho años su padre le ayudó a construir un arco con sus respectivas flechas, usaron madera de fresno y grabaron en ella el nombre «*Yulet*» con la ayuda de un fierro al rojo vivo; era el nombre de su madre y posiblemente el primer recuerdo que Kryn tenía de ella.

―¡Ves! Ahora tu madre te acompañará y te protegerá en todo momento. Solo tienes que aprender a usarlo ―le decía su padre, exhortándolo a practicar su puntería.

El niño cambió poco a poco su rutina, en las mañanas ayudaba a su padre en la herrería y en las tardes tenía permiso de ir a practicar con su arco a orillas del bosque, a partir de allí su rostro empezó a exhibir cada vez más ligeras sonrisas, las cuales brotaban, muy posiblemente, por el hecho de ya no estar a la constante sombra de su madrastra; aquella madera grabada le había dado confianza en sí mismo, como si en realidad su madre estuviera allí apoyándolo. Después de un año practicando su puntería, el pequeño Kryn ya lograba atinar de forma correcta a objetos en reposo, aún a distancias considerables; antes había intentado darles a blancos en movimiento, pero decidió posponer esa práctica hasta dominar completamente su puntería fija. Ahora que ya se sentía más satisfecho, optó por intentar cazar alguna presa en el bosque. Días atrás había llegado un cazador a la herrería de su padre y pudo escuchar de él que la mejor forma de mejorar la puntería con el arco, era intentando cazar conejos, ya que eran animales rápidos y con movimientos sorpresivos que obligaban al cazador a mejorar su habilidad si en realidad quería lograr darle. Los últimos tres días se había internado en el bosque un poco más profundo de lo que solía hacerlo, pero siempre teniendo cuidado de su trayecto. Esa tarde llegó cerca del camino que llevaba hacia el pueblo, una estrecha calle fangosa, rodeada de árboles y en algunas zonas cubierta de hierba; cerca de esta, se encontraba lo que él andaba buscando, un conejo adulto, de color gris que se encontraba comiendo de las hojas de un arbusto.

Cuando logró divisar a la presa, se acercó a ella con gran sigilo hasta una distancia que él consideró óptima para su tiro, con cuidado preparó una de las tres flechas que andaba esa tarde y apuntó hacia el conejo que se estaba alimentando despreocupadamente.

―Por favor… no te muevas conejito ―susurró con su arco tensado hacia su blanco.

De pronto, las orejas del conejo reaccionaron ante un sonido y este empezó a huir a gran velocidad en medio de una sucesión de saltos desesperados. Kryn se lamentó al ver como su presa había escapado, pero entonces logró percibir un sonido similar al galope de un caballo, por lo que su atención fue dirigida de inmediato hacia el camino. De pronto aparecieron frente a él, dos sujetos de apariencia misteriosa, que montaban sobre hermosos corceles, uno negro y el otro marrón, ambos se movían a trote suave, por lo que el niño no pasó desapercibido ante sus ojos. No había duda, eran viajeros que él nunca había visto anteriormente, de hecho, tampoco parecían ser del todo humanos.

―¡Hey, chico! ―le habló el sujeto del corcel marrón, entonando una voz robusta―. ¿Eres de algún pueblo cercano?

Kryn no podía evitar sentirse asustado ante la imponente imagen de aquellos jinetes, por lo que no pudo responder de inmediato.

―¿Acaso no me oyes, o es que no tienes lengua? ―agregó el sujeto.

―¡Sí! ―respondió con una voz ahogada―. Sí soy de un poblado que está sobre la colina, siguiendo el camino en esa dirección ―Terminó apuntando con su dedo.

El sujeto del corcel negro notó cierto temor en el niño, así que decidió bajarse de su caballo para tratar de establecer cierta confianza hacia él.

―Tenemos que emprender un largo viaje hacia el norte, ¿crees que haya en tu pueblo algún sitio donde podamos conseguir provisiones y tal vez cambiar las herraduras a nuestros caballos? ―consultó con una voz amigable y una cálida sonrisa.

―¡Claro! ―se disponía a responder el niño ya más tranquilo―. En la tienda del señor Macoil pueden comprar sus provisiones y… ―hizo una pausa inseguro―, y también la herrería de mi padre para lo de las herraduras.

El viajero cambió su sonrisa y un gesto pensativo surcó su semblante.

―¿Podrías decirnos cómo es tu padre, para así poder reconocerlo más fácilmente?

―Pues no les va resultar difícil, es el único herrero del pueblo ―respondía el niño―, aun así, su cabello es del color de la castaña, igual al mío, además es posible que logren notar una quemadura que tiene a un costado de su ojo derecho.

―Quizás sea él ―comentó el otro sujeto a su acompañante junto a una voz discreta.

―No te precipites. Primero tendremos que comprobarlo ―le respondió en su mismo tono.

El sujeto volvió a mostrar una sonrisa e intentó adquirir mayor simpatía con el niño.

―Es un lindo arco el que llevas, ¿acaso andas de cacería? ―consultó amablemente.

―¡Sí! ―respondía Kryn―. Trato de cazar conejos.

―Eso es grandioso para alguien de tu edad ―comentaba antes de ver el carcaj que llevaba el pequeño―. ¡Oh! ¿me permites una de tus flechas un momento?

El niño le extendió una de ellas y el viajero la sostuvo a la altura de su cara para mirarla con más detenimiento, luego la balanceó un poco sobre su muñeca y terminó diciendo.

―Es una hermosa flecha de fresno, aunque me parece que es un poco pesada para un pequeño como tú ―decía en lo que se la devolvía a su dueño―. Como agradecimiento por la información que nos diste, permíteme darte un obsequio.

Se acercó a su caballo y de uno de sus fardos sacó una hermosa flecha pintada de azul. Cuando Kryn la tomó en sus manos, no pudo evitar sorprenderse al notar que no era de madera sino de hueso, y además llevaba ciertos ornamentos que habían sido tallados en su superficie.

―Esta flecha es más liviana y mucho más resistente. Así podrás practicar mejor y sin preocupaciones ―le comentó el viajero.

―¿En serio puedo quedármela? ―le consultaba el niño preocupado―. Parece algo valiosa.

Aquel sujeto le dio la espalda y se montó nuevamente a su corcel.

―No te preocupes por eso. Tengo varias de esas ―le respondió mientras iniciaba su camino en dirección al pueblo―. Espero que te sea útil y que puedas cazar a tu conejo.

El niño los siguió con la vista hasta perderlos, después admiró alegremente su nueva flecha y la probó de inmediato apuntando hacia un tronco cercano. El forastero tenía razón, era más liviana que las otras y la sentía mucho más cómoda a la hora de apuntar. De esa forma, se alejó emocionado del camino en busca de alguna otra presa, era extraño, pero se sentía más seguro de sí mismo.

Antes de que el sol se ocultara, Kryn ya se encaminaba de regreso a su casa, estaba feliz, ansioso de llegar a donde su padre para mostrarle al conejo que había cazado esa tarde y además de la hermosa flecha azul con la cual lo había logrado. Salió del bosque en medio de una alegre carrera y continuó al mismo ritmo sobre la colina, o al menos hasta que sus pasos se detuvieron en seco cuando logró divisar aquella horrible escena; la herrería de su padre y su casa estaban ardiendo en llamas. Fue entonces cuando los vio salir de entre las llamas, a dos corceles galopando a gran velocidad contra el viento, uno marrón y otro negro, que con sus fardos llenos emprendían su camino colina abajo, y sobre ellos, a un par de forasteros que él ya había tenido la casualidad de conocer; pero algo era diferente en uno de ellos, aquel sujeto de la cálida sonrisa, el mismo que le había obsequiado aquella flecha, exhibía ahora un rostro serio e inmutable. De hecho, hubo un breve instante en el que la mirada de Kryn se cruzó con la del viajero, y un fuerte escalofrió empezó a recorrer todo su joven cuerpo; aquellos ojos reflejaban un odio inmensurable, una frialdad tan pura y capaz de congelar más que el mismísimo invierno, no había duda de que esos ya no eran los ojos azules que él había visto temprano en aquella tarde, era como si estuviera viendo a otra persona, como si estuviera admirando los ojos de la misma muerte. Fue entonces cuando el sonido del trote de los caballos hizo entrar en razón al pequeño, y con esto, logró divisar una extraña insignia… (aún no hemos definido como va ser el símbolo de los Rouge por lo que no puedo describirlo todavía). Aquel sujeto por su parte prestó atención de allí en adelante a su camino. Ambos continuaron a gran velocidad hasta perderse más allá del recodo… (continuará)

**Ideas por desarrollar:**

* Cuando entra, ve que su padre yace muerto en un charco de sangre y sin cabeza.
* Su madrastra lo escucha hablar de que él vio a los asesinos horas antes junto al camino. Y le reclama entre gritos y golpes, culpándolo por la muerte de su padre y de que está maldito ya que solo trae muerte, primero la golfa de la madre (así se refiere ella de la anterior esposa de su difunto marido) y ahora su esposo.
* La mujer enloquecida, lo persigue con un cuchillo para matarlo y él logra huir internándose en el bosque.
* El sobrevive en la montaña por dos años, manteniéndose con lo que cazaba y del robo hacia algunas huertas cuando visitaba el pueblo a escondidas (también roba armas y ropa cada vez que necesita).
* Un día decide regresar a la herrería de su padre y aunque todo está en escombros después del incendio (sí, a nadie le importó reparar eso ya que no había otro herrero) logra encontrar un compartimiento debajo del piso, dentro encuentra algunas armas blancas de elegantes diseños, una bolsa llena de monedas de oro y una insignia idéntica a la que había visto en aquellos sujetos que asesinaron a su padre. Allí decide investigar sobre esa organización para tratar de encontrarse nuevamente con los asesinos, con el fin de tratar de vengar a su padre, y también, de descubrir los detalles sobre el pasado de su padre.
* A la edad de once años sale de aquellas montañas y se aventura a recorrer el mundo y sus peligros.
* La madrastra por necesidad ante la ausencia de su esposo, empezó a trabajar en un burdel y poco a poco fue arruinando su vida.

Faltan más ideas, él debe encontrar a alguien que lo entrene antes de encontrarse con el protagonista, estaba pensando en que fuera un semi-elfo el que lo haga. Y en cuanto a los asesinos de su padre, que uno de ellos fuera un semi-orco y el que le regaló la flecha que sea un elfo silvestre y ambos por supuesto, pertenecen a los Rouge.